

LA MANO BLANCA

CUENTO

I

Cuatro veces, por lo menos, todos los días, y durante un mes largo, pasaba yo por delante de la casa número 9, calle de Mercaderes, en el pueblecito de Santestiaga, partido judicial de Pamplona, y siempre me paraba a contemplar, embelesado, aquella fachada, derroche de color, de luz y de alegría, llena para mí de misterios, de indefinible encanto.

Arriba, asombrado por ancho alero, a dos aguas y muy saliente, el viejo correr o balcón de gruesos balaustrados de castaño, torneados, apoyándose sobre grandes zapatas, o puntas de vigas, labradas toscamente, como el barandal de todo el ancho de la fachada. Por entre el maderamen, muy oscuro, semejando hierro oxidado, se desbordaban a modo de cascada, colgaban y se mecían al menor airecillo, como repostero de flores, frondosas matas de geranios rojos, blancos y de color de rosa, sin que fuera posible adivinar siquiera, a través de aquellas galas, los tiestos, cajones o latas de conservas aprovechadas, en donde, arraigando, se mantenían siempre frescas, aun en los días más calurosos. Más abajo y en el centro del muro, enjalbegado, a trozos, groseramente, campeaba un escudo «partido», en el que no se acertaba a distinguir la indicación del «campo». Representaba, en el cuartel derecho, un corazoncito y dos medias lunas; en el izquierdo, la cruz de San Juan. El casco corona de estas armas miraba también hacia aquel lado, y el «lambrequín» que las enmarcaba, un tanto churrigueresco, era aún más rudo en su labor que el resto del blasón. A ambos lados del mis-

mo, equidistantes, se abrían sendas ventanas, bien proporcionadas, con postigos interiores constantemente entornados, y desde más de tres cuartas partes de estos huecos caían otros dos brazados de geranios, semejantes a los del corredor, alternando con las plantas que llaman «llagas de Cristo» en Andalucía, rojas y de color salmón sus muchas flores. Por éstas y por las otras, diríase que, abarrotada la casa, no cabían en ella y se desbordaban hacia la calle, en busca de sol y de aire, si no fuese por una ventana del piso bajo, a la derecha de la puerta. Era ésta de arco bajo ligerísimamente apuntado, y se mostraba como hundida en la acera: en pequeño, con desproporción análoga al ingreso, por la calle de Alcalá, del Casino de Madrid. Al lado izquierdo de aquel portón, también cerrado de ordinario, se abría una saetera. En el derecho, la ventana que acabo de mentar, con marco de moldura granítica estilo del Renacimiento, muy carcomida, y de gruesos hierros, a través de los cuales, delante de las maderas, no abiertas quizá hacía bastantes años, asomaban varias ramas de castaño, con hojas y varas muy secas, que contrastaban fuertemente con la flora de arriba. A través del tosquísimo revoque, no de otra suerte que tela que muestra la trama, por vieja o estropeada, el muro, aquí y allá, enseñaba la piedra y la mezcla que unía los sillares. Sobre los trozos encalados a la altura del escudo se veían muchas salpicaduras que parecían producidas por una pelota embarrada.

A las horas de sol, y de noche, a la luz de la bombilla eléctrica del alumbrado municipal que desde un pescante de hierro lucía sobre la casa; cuando diluvaba, al obscurecer, al alba, a todas horas; el conjunto de aquellas piedras, del maderamen curtido por la intemperie de las flores, abrazados, del escudo, de los musgos del alero.... de las ramas secas, creedme, ¡era her-

mosísimol Si cualquier pintor escenográfico acertase a reproducir la fachada de la misteriosa casa número 9 de calle de Mercaderes, en Santestiaga, conseguiría un éxito ruidoso. ¡Quién supiera pintar! Porque aquello no puede reproducirse fotográficamente. Como la calle es estrecha y la casa muy alta, el pobre edificio se abarca tan de abajo arriba, que, visto de frente, del balcón corrido no se vislumbra sino es el vigamen y la cortina de flores debajo del alero. Conforme se va hacia «la plaza»—frontón o juego de pelota,—vista la casa de costado, por aquello de que en todo, sobre la tierra, la poesía se mezcla con la prosa; se descubren, colgando en lo más alto de la pared del corredor, ristras de cebollas muy orondas. La casa, que debía de haber sufrido innumerables reparaciones y reformas, conservaba en el costado derecho un ventanillo ojivo, recuerdo tal vez de aquellos tiempos de dimes y diretes entre el Rey Católico don Fernando V y los de Navarra don Juan de Albret y doña Catalina de Foix, tiempos sobre los cuales acababa de publicar un libro de más de cuatrocientas páginas don Víctor Pradera, en el que ponía como rodilla de fogonero o los «nacionalistas» de tan noble región y antigua monarquía.

Indudable me parece que para un artista, para el público mismo, si se las presentasen en la escena encarradas, elegía, desde luego, por su belleza,—prescindiendo momentáneamente de los alquileres—la casita de Santestiaga por encima de la vasta manzana yanquí recién alzada en San Sebastián, en la Avenida de la Libertad, con fachadas a otras tres calles.

II

Acababa yo de leer en las *Obras completas* de don Juan Valera que «hay una comedia de Tirso, *La celosa de sí misma*, donde el galán se enamora de la mano des-

nuda que ve a una dama tapada», cuando vi también por vez primera, entre los geranios «la mano blanca».

Aunque el fuego prende más y mejor en la paja que en el alcázer, en la yesca y en los sarmientos hacinados junto al hogar, a mis noviembres, y con los kilogramos de esta averiada humanidad, sólo es lícito prendarse del amor mismo, como recuerdo o como ensueño del que iluminó con el sol de mediodía nuestra juventud, o del que vemos pasar ahora en automóvil al obscurecer, fuera ya de nuestro alcance e imposible, ni a título de curiosidad, siempre impertinente y ridícula.

Pero ello es que, por el color y la forma, me impresionó desde luego hondamente aquella mano. Se parecía a las que, moldeadas en yeso, figuran entre el material de enseñanza de las clases de dibujo...

«Que de cuajada leche, por el amor formada, parecía llena de cavidades primorosas donde el mismo deleite se escondía». Como también escribió don Juan Valera.

De todas las partes de la mujer, es la mano la más característica; la que establece jerarquías. Una fregona «entrega la carta» con la mano, aunque esté disfrazada de princesa y le caigan bien las galas. Una dama la acreditará siempre, por fea que sea, con tal que tenga manos finas, limpias y bien cuidadas.

Por «algo se pide a la mujer por su mano».

La que asomaba entre las flores del número 9 de la calle de Mercaderes en cuanto yo me detenía en frente de la casa, llegó a ser para mí como una dulce pesadilla.

La vivienda lo decía muy claro: era en la actualidad, no obstante el escudo, habitación de modestos labradores. Por la puerta principal se entraba directamente en un establo. Las ventanas, siempre entornadas, denotaban que las personas, con los animales de labranza, venían a la casa sólo para dormir. En ella, por su as-

pecto externo, no parecía tampoco que pudiera alojarse durante el verano ninguna familia acomodada, de las forasteras que suelen pasarlo en Santestiaga.

¿Quién, pues, cultivaba aquellas flores con tan solícito esmero? ¿A quién pertenecía aquella mano aristocrática, aterciopelada como las diamelas de Málaga, con uñas cuidadísimas, con dedos delgados, pero morbidos, por los que dijérase que no circulaba la sangre; mano formada para volver las hojas de rico códice medioeval; más que para acariciar, para dejarse besar como un relicario?

Alejarme, calle arriba o calle abajo, y desaparecer entre los geranios, era todo uno. ¿Se comprende ahora por qué he comenzado el relato de este verídico episodio diciendo que la casa número 9 «estaba llena para mí de misterios, de indefinible encanto?»

Sé que vais a decirme: «Hombre, nada más fácil y natural que haber preguntado por la incógnita a cualquier vecino, al párroco, al alcalde, a la dueña de la casa donde usted vivía.»

Es cierto; pero no lo es menos que, bien avenido con mis imaginaciones, recreándome en ellas, temía mucho que la respuesta las hiciese añicos de golpe. Las prefería a la realidad, no sé por qué, con el tesón del convencimiento.

Entre «la mano blanca» y mis ojos se había establecido una correspondencia diaria. Me espiaba, aguardándome fijamente, cuando yo iba y venía para comer o cenar en el Casino. No me cabe duda: agradecida, pagaba mi contemplación.

Jamás durante aquella se abrió puerta ni ventana de la casa que la distrajera o interrumpiese. «La mano blanca» iba y venía de un lado a otro, pausada y rítmicamente, como péndulo de reloj; cual si batiese los ge-

ranios, ni más ni menos que espejuelo para cazar mi atención tenaz.

Cuando alguna, rarísima vez, pasaba yo por la calle de Mercaderes a otras horas que las habituales para mis comidas a la ida y a la vuelta, «la mano blanca» no se dejaba ver, y yo la echaba de menos, reclamándola como cosa que se me debía.

III

Era domingo, y tocaban a Misa de ocho en la parroquia; después de oírla, pensaba yo salir de Santestiaga, dando por terminado el veraneo con las primeras lluvias otoñales. Volvía del Casino de pagar mis cuentas, cuando al pasar la última vez por delante del número 9, veo el portón entreabierto, y «la mano blanca» cogida de una de sus hojas. El corazón me dio un vuelco y me refugié, como huído, enfrente, en uno de aquellos pasadizos que hay entre casa y casa, aislándolas, como en la antigua Roma, espacios que llaman en Navarra «ixadi» o «ixadia», pero cuya verdadera denominación parece ser «arteka» o «artekari».

Desde luégo me sorprendió extraordinariamente la poquísima altura a la que, sobre el portón, se posaba, como si fuese de una niña, aquella mano tan de mujer... Y el portón se abrió de par en par, y me pareció como si se descorriese un velo que cubriera el cuadro de *Las Meninas* de Velásquez, en su primer término. Con verdadera angustia, vi que «la mano blanca» —con la que se acomodaba la mantilla— pertenecía a una pobre enana con cara de vieja, anchísimas caderas y robustas piernas, muy compuesta y aseada, que tomó hacia la parroquia, calle arriba, con contoneos de criba en movimiento.

CONDE DE LAS NAVAS

Universidad del
Rosario

